

¿UNA DESCONOCIDA POESIA DE DOMINGUEZ CAMARGO?

Escribe: JUAN MANUEL PACHECO S.J.

Con excepción del poema inconcluso a San Ignacio son muy pocas las poesías de nuestro gran poeta colonial, Hernando Domínguez Camargo, que han llegado hasta nosotros. Seis de sus poemas cortos los insertó el P. Antonio Bastidas en su "**Ramillete de varias flores poéticas**", y el soneto "A Guatavita" lo salvó del olvido Flórez de Ocariz en sus **Genealogías**. A solo esto se reduce toda la colección de las poesías cortas de Domínguez Camargo. Y no hay duda de que su producción poética debió de ser abundante.

El P. Andrés Mesanza O. P., acucioso trajinador de antiguos

códices, tropezó en un monasterio bogotano con un viejo manuscrito de versos místicos y recetas de herbolarios", y en él descubrió un poema al río Bogotá y al Salto del Tequendama "no carente de gracia". Es de lamentar que el P. Mensanza no diera mayores informaciones ni sobre el manuscrito, ni sobre el lugar en que lo halló, solo advierte "que tiene trazas de tener doscientas navidades por lo menos". Publicó el romance en la **Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario** con el título de "**El primer canto al Tequendama**" (1).

Helo aquí:

DESCRIPCION DEL RIO BOGOTA Y SALTO DE TEQUENDAMA

**De las sierras cuya altura
corona risueña el alba
de Bogotá las corrientes
forman un monte de escarcha.**

**Corre gigante la nieve
a buscar en Tequendama
el sepulcro que fabrican
dos peñas a su arrogancia.**

**Libre el campo se le ofrece
para que corran sus aguas,**

mas como va a despeñarse
va su orgullo haciendo pausa.

Sierpe de cristal se ondea
y al entrar por la montaña,
ve por los riscos las señas
del riesgo que le amenaza.

Los árboles con las hojas
que despiden de sus ramas,
se embarcan a sus corrientes
en bajeles de esmeralda.

Oh! cómo de sus exequias
la triste música cantan
las aves que en irosusllas (2)
son las ninfas de sus aguas.

Hasta las flores se quejan
de ver que se despedaza
la presea que tal vez
sirve de espejo a su gala.

Pero por ver la tragedia
que en el salto le amenaza
hacen balcón de la peña
las aves, flores y plantas.

Prisionero de sí mismo
entre las peñas se ataja,
y al vaivén de sus corrientes
cadenas de plata arrastra.

Al precipicio se acerca
tan altiva su arrogancia
que chocando con un risco
un monte de espuma exhala.

Copo a copo se despeña,
gimiendo al golpe sus aguas
de ver transformado en niebla
el que fue sierpe de plata.

Pendiente queda del risco
para que diga la fama
que las dichas de un soberbio
se rematan en desgracia.

¿Su autor?, se pregunta el P. Mesanza. "Que lo averigüe otro, añade, pues yo no tengo tiempo sobrado". ¿Su autor?, nos preguntamos también nosotros. Y un nombre saltó enseguida a nuestra mente: Hernando Domínguez Camargo.

Los ríos y los arroyos son uno de los tópicos predilectos

del poeta santafereño. No solo canta al Salto del Chillo, sino que repetidas veces serpentean los arroyos en su poema a San Ignacio. Cinco descripciones, muy semejantes entre sí, ha anotado Eduardo Camacho Guizado en su estudio sobre el poeta (3). Se pueden añadir otras dos más:

**De cisnes de cristal ceñido el pecho
y su pelo en aljófara anegado,
no lejos mucho del pajizo techo,
potro de vidrio corre desatado
un arroyuelo, que en fragoso trecho
espumas labra en cuantas le han atado
guijas la boca; y cuanta gota suda,
a la mesa propina en copa ruda (IV, 117).**

**Undosa lima, entre la hierba verde,
un perezoso arroyo, que le mura,
descaminado sus cristales pierde
en el cadáver de la ermita obscura;
y en las ruinas, que dentado muerde,
en cada mármol una limadura
de las ondas, que roen en sus roscas
muchas edades en arenas pocas. (V. 131).**

En el poema al Salto del Tequendama se advierte enseguida una de las características de Domínguez Camargo: la de infundir vida a los seres inertes de la naturaleza; más aún, comunicarles un alma humana con toda la gama de sus sentimientos. El río, arrogante, corre a despeñarse, pero temeroso de su suerte, "va su orgullo haciendo pausa"; ve, en los riscos "el riesgo que le amenaza", y al caer al abismo gimen al golpe sus aguas.

Las metáforas y expresiones poéticas del poema al Salto del Tequendama guardan estrecha afinidad con las que emplea el poeta en sus poesías conocidas.

Tanto el arroyo de Chilo "corre arrogante", como el río Bogotá "corre gigante" a buscar "a su arrogancia" el sepulcro.

Una de las metáforas preferidas de Domínguez Camargo es la del río como "sierpe de cristal" o "sierpe de plata". La imagen reviste variadas formas en su Poema Heroico. Los arroyos son unas veces "caballos de cristal" (II, 25) y "serpientes de espuma" (II, 65) y otras "cometas de cristal" (II, 109); el Tíber es una "cristalina serpiente" (III,

100) y el Nilo una "hidra de cristal" (III, 37).

Los riscos y las peñas juegan un importante papel en su mundo poético. En el Poema Heroico un arroyo "al risco que lo pisa, altivo muerde"; "por entre peñas y riscos" se desboca el arroyo de Chillo; Ignacio peregrino va "hollandando riscos y escalando peñas" (III, 57). Aquí los riscos advierten al río Bogotá el peligro, y las peñas sirven de balcón en que se asoman aves, plantas y flores para ver la tragedia.

Esta imagen, la de un risco convertido en balcón, la encontramos también en el Poema Heroico: Ignacio coloca "en un balcón del risco mal volado" su santo crucifijo (II, 128).

Las hojas que caen al Bogotá nadan en su corriente "en bajeles de esmeralda" En el Poema Heroico un arroyo, "zodiaco de plata", corre por un "firmamento de esmeralda" (V, 93), y Dios se revela también en la "esmeralda hojosa" (II, 19).

Si el río Bogotá "cadenas de plata arrastra", en el Poema a San Ignacio un arroyuelo encarcela a las flores aldeanas "con eslabones de torcida plata" (II, 111).

Y para terminar con las expresiones poéticas, si el Bogotá "copo a copo se despeña", en el Poema Heroico un arroyo "se despeña al suelo / de ampo en ampo" (II, 109).

Por último, como en la poesía consagrada al Salto del Chillo, concluye esta también con una moraleja de sabor calderoniano.

En la del Salto del Chillo escribió:

**Escarmiento es de arroyuelos
que se alteran fugitivos,
porque así amansan las peñas
a los potros cristalinos.**

Aquí el Salto de Tequendama

**Pendiente queda del risco
para que diga la fama
que las dichas de un soberbio
se rematan en desgracia.**

Todas estas razones no hacen aventurada la afirmación de que esta poesía, tal vez de las prime-

ras, salió de la pluma de nuestro gran vate Hernando Domínguez Camargo.

NOTAS

(1) A(andrés) M(esanza), O. P. **El primer canto al Tequendama**, en **Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario**, 13 (1917) 286-287.

(2) **Irosusllas**: no hemos encontrado esta palabra en los diccionarios. ¿Será un error de lectura o un error tipográfico?

(3) EDUARDO CAMACHO GUIZADO, **Estudios sobre literatura colombiana. Siglos XVI y XVII** (Universidad de los Andes, Bogotá, 1965) p. 79-80.